

LOS PLACERES Y LOS DIAS

FRANCISCO UMBRAL

Boda gitana

El Estado apelará el fallo que obliga a dar una pensión a una gitana viuda. Es decir, que la Ley había acordado 150.000 pesetas para María Luisa Muñoz, viuda de Mariano Dual, y

ahora el Estado quiere negar esa pensión porque la gitana es gitana y la boda también fue gitana. O sea, que el Estado sigue siendo discriminatorio en cuestiones de religión. Mariano Dual no era un gitano canastero, sino que había cotizado 20 años como albañil. Si el Estado aceptó el trabajo de Mariano, mayormente debe aceptar la legitimidad de la boda y la pensión que favorece a María Luisa. Lo contrario es ponerse peseteros y racistas, dos cosas que quedan muy mal por separado, y peor cuando se esgrimen juntas.

Todos hemos conocido alguna boda gitana en nuestro barrio, porque es una cosa que viene de siglos y por nuestro barrio han pasado los siglos. Felipe González comprendió mejor, quizá por andaluz, la verité de los gitanos españoles, dándoles a todos la cartilla del Seguro de Enfermedad, que luego se recetaban ellos mismos y decían que eso era lo que había mandado Felipe. La boda gitana tiene unos ritos y ritmos entre folklóricos y esotéricos, con mucha cachiza de cazuelas y todo oficiado en el caló más puro. He visto, ya digo, alguna boda gitana y a mí me parece que esa novia queda tan casada como la duquesa de Alba cuando se casa. Los gitanos tienen su manera de convocar lo sobrenatural, manera que, al fin y al cabo, es muy parecida a la nuestra en cuanto al irracionalismo poético que congrega.

A los ingleses les casa un capitán de barco con una Biblia jamás leída, y también quedan muy bien casados. Hay que tener en cuenta que el matrimo-



nio lo hace la pareja con los años y no la ceremonia, flor de un día. María Luisa vende flores muy temprano y de sus ramos va naciendo el alba con la decisión definitiva y el papelón de

los payos. 600.000 gitanos españoles esperan este fallo dispuestos a salvar y perpetuar su boda calé, que tiene el mismo respeto que una boda católica en los Jerónimos o en el Cubo de Moneo. Claro que los payos no destrozan el ajuar ni los notarios se bailan un martinete después de la bendición, pero eso no le quita para que la boda de los gitanos esté igualmente calada de misterio, decorada de siglos y asistida por la gracia divina, que si la hay es para todos. Se está cometiendo mucha injusticia con María Luisa, la gitana de las flores, y no digamos con el muerto, que cotizó 20 años como un castellano viejo y solía cantarse aquello que dice «si tendré formalidad que fui el primero que hizo el carné de identidad».

Los gitanos han dado pruebas de querer fundirse y confundirse con nosotros. Mayormente ahora que nosotros ya no sabemos quiénes somos, con patriotas de pistola, obispos de cristazo y socialistas de los Luises. Este Gobierno parecía que jugaba a reunir, a aunar, a sumar españoles de toda clase y condición, de toda patera y trapío, pero están apretando el culo y metiendo barriga cuando sería el momento de sacar pecho, reunir a todas las taifas peninsulares y montar la gran ordalía de lo nuestro, como cada nación europea hace con lo suyo, aunque tengan que vestirse de bávaros. Más aún, todas las bodas españolas debieran ser gitanas porque las católicas están fallando mucho. Los gitanos somos nosotros, que vamos con fe al Rocío. Y nosotros somos los españoles, pero ellos son España.